

“Robot, demasiado humano”

Colonialidad y posthumanidad en la obra de Isaac Asimov

Por Dante Aníbal Giorgio

Resumen

El presente trabajo se propone indagar acerca de la relación entre los conceptos de colonialidad y posthumanidad, a partir del estudio de la obra del escritor de ciencia ficción Isaac Asimov.

El marco de la ciencia ficción nos da en definitiva la chance de pensar la alteridad en ciertos personajes y también la posibilidad de reflexionar sobre nuestra propia identidad. El caso del robot es complejo: su desarrollo como herramienta avanza inexorablemente, pero la imaginación humana aspira a darle características similares a las nuestras.

En ese sentido, a diferencia de varios autores que exploran otros caminos, como la dificultad de la comunicación entre ambas especies, el conflicto por la supremacía y la supervivencia, o el surgimiento de una nueva especie que combine las características humanas y robóticas, creemos que la obra de Isaac Asimov permite analizar una posible solución al problema de la relación entre un ser artificial y un ser humano, como parte del proceso de evolución de la humanidad.

Palabras claves: Asimov; Robot; Colonialidad; Posthumanidad; Alteridad.

Abstract

This paper aims to investigate the relationship between the concepts of coloniality and posthumanity, based on the study of the work of science fiction writer Isaac Asimov.

The framework of science fiction ultimately gives us the chance to think about the otherness in certain characters and also the possibility of reflecting on our own identity. The case of the robot is complex: its development as a tool advances inexorably, but the human imagination aspires to give it characteristics similar to ours.

In this sense, unlike several authors who explore other paths, such as the difficulty of communication between both species, the conflict for supremacy and survival, or the emergence of a new species that combines human and robotic characteristics, we believe that Isaac Asimov's work allows us to analyze a possible solution to the problem of the relationship between an artificial being and a human being, as part of the process of evolution of humanity.

Key words: Asimov; Robot; Coloniality; Posthumanity; Alterity.

1. Introducción

El presente trabajo se propone indagar acerca de la relación entre los conceptos de colonialidad y posthumanidad, a partir del estudio de la obra del escritor de ciencia ficción Isaac Asimov.

El desarrollo de este tema plantea una serie de problemas. En primer lugar, las actitudes de los seres humanos frente a otro ser diferente, lo que se conoce como *conflicto de alteridad*. En segundo lugar, la conformación del llamado *pensamiento abismal*, entendido como un sistema de distinciones visibles e invisibles que establecen las diferencias con el “otro” y ayudan al individuo en la construcción de su propia identidad.

En nuestro trabajo analizamos la figura del *robot*, organismo artificial creado para ayudar, y luego suplantar al ser humano en el trabajo. Los problemas ligados a este tipo de protagonista se centran, por un lado, en el libre albedrío de unos seres que exceden las capacidades de los seres humanos pero son creados para su servicio, por otro en la posibilidad de la existencia de una inteligencia artificial autónoma, y adaptable a diferentes realidades y, por último, en el dilema de cómo pueden combinarse la conciencia artificial y la viviente, y cómo, en última instancia, la conciencia humana podría ser sustituida por la de una máquina.

Aunque varios autores han dedicado sus obras a tratar el tema de los robots, las obras de Isaac Asimov son innovadoras en el tema, tanto por la extensión de su tratamiento como por el peculiar enfoque que nos ofrecen. Según su visión, cualquier inteligencia artificial que demostrase ser autoconsciente debía ser considerada una persona merecedora de respeto, dignidad y derechos. Consecuentemente, Asimov argumenta que el problema no estaría en la creación de estos aparentes monstruos, sino en lo que él llama el *complejo de Frankenstein*, es decir, el factor de rechazo por el que la humanidad juzgaría y trataría efectivamente a tales seres como engendros monstruosos. Muy por el contrario, Asimov, aunque se caracterizó por su visión *humanista*, sin embargo, demostró en toda su obra una innegable simpatía por los robots, lo que le impulsó a buscar un punto de encuentro entre humanos y máquinas, encarando la solución dentro de la ética normativa.

Consideraba Asimov que ciertas reglas podrían regular la medida de la convivencia entre ambas especies: las famosas Tres Leyes de la Robótica, que el escritor aplica a sus robots y que no les impiden el pensamiento libre y la autorreflexión, lo que deja el camino abierto para la crítica y la discusión sobre la formación de nuevos valores a partir de su imposición. Sin embargo, una consecuencia de las Tres Leyes es que la libertad individual del robot y su autonomía moral quedan en entredicho, con lo que se plantea de nuevo el viejo problema de decidir entre la seguridad y la estabilidad, o por la libertad y la posibilidad de destrucción que entraña.

El marco de la ciencia ficción nos da en definitiva la chance de pensar la alteridad en ciertos personajes y también la posibilidad de reflexionar sobre nuestra propia identidad. El caso del robot es complejo: su desarrollo como herramienta avanza inexorablemente, pero la imaginación humana aspira a darle características similares a las nuestras. No obstante, este deseo tiene dos caras: por un lado, enfrentamos la construcción de instrumentos que se encargan de todo para que el hombre pueda ser libre. Por otro, queremos crear réplicas de nuestra persona que sirvan de reflejo para buscar aquello que todavía no logramos. Por eso no podemos dejar de pensar que la creación de una inteligencia artificial es un desafío filosófico que puede ser clave para la evolución de nuestra identidad a través del diálogo con esta nueva especie.

En ese sentido, a diferencia de varios autores que exploran otros caminos, como la dificultad de la comunicación entre ambas especies, el conflicto por la supremacía y la supervivencia, o el surgimiento de una nueva especie que combine las características

humanas y robóticas, creemos que la obra de Asimov permite analizar una posible solución al problema de la relación entre un ser artificial y un ser humano, como parte del proceso de evolución de la humanidad.

2. Tres conceptos previos

2.1. Los que no son como yo: la colonialidad y el conflicto de “otro”

La cuestión de la colonialidad surge a partir del descubrimiento por parte de un individuo de la existencia de una realidad, de una vivencia, que no es como la suya, sino que es de *otro*, un ser distinto de él en múltiples aspectos.

Las sociedades agrícolas consideraban atrasados a los cazadores recolectores y más tarde, los habitantes de las ciudades rechazaban a los pastores nómades que rondaban sus murallas. Más adelante, las culturas más avanzadas despreciaron como salvajes a los pueblos con menos tecnología. Los griegos y los romanos llevaron a su máxima expresión este concepto, calificando de *bárbaros* a todos los seres humanos que no compartían sus pautas culturales. Durante la Edad Media el factor religioso fue predominante y se etiquetó como *infieles* a todos los que quedaran fuera de la Cristiandad. El comienzo de la Edad Moderna aportó la novedad que significó el descubrimiento, conquista y colonización de América y el encuadramiento de los pueblos indígenas americanos como un gigantesco *otro*.

En ese sentido, el pensador peruano Aníbal Quijano ha señalado que, mientras el término **colonialismo** hace referencia a la ocupación militar y la anexión jurídica de un territorio y sus habitantes por parte de una fuerza imperial extranjera, la expresión **colonialidad**, en cambio, hace referencia a la “*lógica cultural*” del colonialismo, es decir al tipo de herencias coloniales que persisten y se multiplican incluso una vez que el colonialismo ha finalizado.

Quijano afirma, asimismo, que la **colonialidad del poder** opera mediante un tipo de “clasificación social” establecida según el cual, la concentración de riqueza y privilegios sociales en las colonias se define conforme a la raza y el fenotipo de los individuos, mientras que la **colonialidad del saber** refiere al modo en que la racionalidad tecnocientífica es un factor determinante en la generación y expansión del colonialismo europeo y se convierte desde el siglo XVIII en el único modelo válido de producción de conocimientos, dejando por fuera cualquier otro tipo de “epistemes”

(tradicionales o ancestrales) generadas en las colonias (Ortega Reyna y Pacheco Chávez, 2013, p. 40 - 41).

Precisamente en este punto, cobra importancia la noción de **pensamiento abismal**, expresada por el sociólogo y epistemólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2013):

La epistemología dominante se asienta en lo que designo pensamiento abismal. Este consiste en un sistema de distinciones visibles e invisibles. Este pensamiento opera por la definición unilateral de líneas radicales que dividen las experiencias, los actores y los saberes sociales entre los que son visibles, inteligibles o útiles (los que quedan de este lado de la línea) y los que son invisibles, ininteligibles, olvidados o peligrosos (los que quedan del otro lado de la línea). Así, la realidad social es dividida en dos universos, el universo de «este lado de la línea» y el universo del «otro lado de la línea». La división es tal que «el otro lado de la línea» desaparece como realidad, se convierte en no existente, y de hecho es producido como no existente (p. 29).

Afirmación que se complementa con un diagnóstico inquietante: *“La humanidad moderna no es concebible sin la subhumanidad moderna. La negación de una parte de la humanidad es un sacrificio, ahí se encuentra la condición de la afirmación de esa otra parte de la humanidad la cual se considera a sí misma como universal”* (de Sousa Santos, 2013, p. 36). En suma, puede aseverarse que el problema de la colonialidad es, fundamentalmente, una cuestión cultural, un asunto de mentalidades. Sólo los seres humanos, en efecto, tienen la noción del *otro* integrado dentro de su misma especie.

Pero el problema presenta también un interrogante a futuro: ¿Qué evolución tendrá el concepto de colonialidad cuando el hombre deje de ser la única especie inteligente y cuando el planeta Tierra también renuncie a su condición de última frontera de la humanidad?

La alternativa parece provenir del campo de la *sensibilidad ética*, según lo entiende la antropóloga argentina Rita Segato, que considera que la tarea de la antropología *“no sería la de dirigir nuestra mirada hacia el otro con la finalidad de conocerlo, sino la de posibilitar que nos conozcamos en la mirada del otro, permitir que su mirada nos alcance”, e inclusive que abra juicio sobre nosotros*”. (Segato, 2013, pp. 109-1110).

Para Segato, es a partir del orden colonial, que el mundo comienza a estructurarse en forma jerárquica, a partir de la *raza*, que otorga a las clases dominantes prestigio, valor y, lo más importante, autoridad, no sólo en términos de poder, sino también en el campo de la formulación de las ideas y su divulgación. Por esa razón, Segato concluye que: *“por un lado, comprender esto es esencial para combatir ese orden de cosas, por el otro, permítaseme decir que es precisamente al combatir ese orden de cosas que comenzamos a entenderlo bien”* (Segato, 2013, pp. 265-266)

Precisamente, en torno a los conceptos de **alteridad**, **colonialidad** y **pensamiento abismal** es que analizaremos las obras de Isaac Asimov, vinculándolas con el otro tema central de nuestro estudio, el **posthumanismo**.

2.2. ¿Y después de la humanidad qué?: el posthumanismo y sus variantes

El vocablo *posthumanismo* es un concepto básicamente originado en los campos de la ciencia ficción, y que desde allí ha pasado a la filosofía y a las ciencias sociales. Esto ha contribuido a una profunda confusión en torno a las similitudes y diferencias entre los conceptos de posthumanismo y el del *transhumanismo*.

El término **posthumanismo** es utilizado, por una parte, como forma de designar las corrientes de pensamiento que aspiran a una superación de las limitaciones intelectuales y físicas del ser humano mediante el control tecnológico de su propia evolución biológica. El **transhumanismo**, por su parte, pronostica la fusión entre tecnología e inteligencia humana, dando lugar a una era en que se impondría la inteligencia no biológica.

A partir de la idea de que la condición humana es un devenir abierto se sostiene que con la intervención científica y tecnológica se podrán superar las limitaciones biológicas. La evolución humana, afirman los transhumanistas, puede acelerarse con la fusión del humano y la máquina para crear un nuevo sujeto que reconoce los productos tecnológicos como parte de su propio organismo.

El matemático John Von Neumann y el escritor Vernor Vinge desarrollaron, a fines del siglo XX, la idea de la *singularidad tecnológica* que se refiere a la creación de inteligencias artificiales con capacidades mayores a la humana, que a su vez producirían inteligencias aún mayores y así sucesivamente, ello conduciría a una

"singularidad" en el desarrollo, es decir, a un punto de inflexión de crecimiento tecnológico exponencial, con consecuencias inimaginables y a partir del cual es imposible especular sobre nuestro futuro. (Kurzweil, 2012, pp. 10 y 23-24).

Los defensores del transhumanismo argumentan que no sólo existe el imperativo ético de tratar de progresar y mejorar la condición humana, también es posible y deseable para la humanidad el entrar en una fase de la existencia posthumana, en la que los humanos controlen su propio futuro proceso evolutivo. En esa etapa, la evolución natural sería reemplazada por el cambio planificado. Por lo tanto, apoyan la protección legal de la libertad de conocimiento, a fin de garantizar a los particulares la posibilidad de usar tecnologías de mejora humana en sí mismos y en futuras generaciones. Por su parte, los críticos u opositores ven las metas transhumanistas como una seria amenaza hacia los valores humanos, y hacia la misma naturaleza de la *condición humana*.

En ese sentido, Edgar Morin y Raúl D. Motta (2008) ponen especial énfasis en la complejidad de definir lo que es el "*ser humano*", cuando aseveran que:

Es muy posible que no sepamos a ciencia cierta qué es lo humano, ni qué es lo que presupone exactamente aquella afirmación que nos conmina a tener humanidad o a reivindicar frente a otros ciertos derechos, en nombre de una esencia contenida en alguna clase de individuos. Pero cuando, por el contrario, arriesgamos una definición, descubrimos una insatisfacción permanente que o nos instala en una laboriosa e indefinida antropología filosófica, en torno a la pregunta ¿qué es el hombre? o, por el contrario, caemos en un sin fin de objeciones, que hasta pueden llegar a alimentar algún tipo de antihumanismo, tan reduccionista como aquellos viejos humanismos esencialistas, que este quiere combatir (p.1).

Para poder llegar a una mayor comprensión del problema, ambos pensadores afirman que es preciso: "*retomar las preguntas esenciales e inseparables entre sí, de la tradición filosófica, ¿quiénes somos?, ¿dónde estamos?, ¿de dónde venimos? y ¿a dónde vamos? a la luz de la revolución científica y tecnológica del siglo XX y el de sus errores y horrores políticos, económicos y sociales, siendo esta una tarea que aquí, se la considera imperiosa*" (Morin y Motta, p.3).

No obstante, a algunos autores, un punto les resulta preocupante: la posibilidad de que la tecnología sirva para acentuar las formas de explotación de los seres humanos. En ese sentido, la antropóloga argentina Paula Sibilia (2009) opina que "*los*

nuevos saberes privatizados y descentralizados venden la promesa de **dominar lo imprevisible**, exacerbando así una de las cualidades originales de la producción biopolítica: controlar (eventualmente modificar) la probabilidad de los eventos biológicos, en todo caso compensar sus efectos" (p. 218-219).

El concepto de *biopoder*, acuñado por Michel Foucault, que implicaba el poder estatal de explotar numerosas y diversas técnicas para dominar los cuerpos y controlar a la población, es reinterpretado por Sibilia como: *"la posibilidad, tanto técnica como política, de **fabricar algo vivo**: he aquí la fabulosa puerta abierta recientemente por nuestra tecnociencia"* (Sibilia, 2009, p.218).

Se impone entonces la cuestión de cómo establecer un equilibrio adecuado entre los avances tecnológicos y los criterios éticos necesarios para evitar situaciones conflictivas. Esto es lo que el filósofo e historiador científico Michel Serres (1991) ha denominado la celebración de un *contrato natural*. Según Serres: *"en los más lejanos orígenes griegos del más elevado rigor, los primeros científicos, reunidos o dispersos, más que demostrar, discuten, son juristas tanto como geómetras"* (p.41).

El futuro de la humanidad dependerá entonces, para el autor francés, de *"un contrato tácito que reúne a los científicos, como antes reunía a los interlocutores refinados, los soldados o los competidores de la economía, y que semeja al viejo contrato social. Con anterioridad a ese contrato no hay ciencia, como tampoco había sociedad antes de aquél"* (Serres, 1991, p. 40). Y finaliza con una advertencia: *"Debemos decidir la paz entre nosotros para salvaguardar el mundo y la paz con el mundo a fin de salvaguardarnos"* (Serres, 1991, p. 47).

Justamente, una característica filosófica común del transhumanismo y del posthumanismo es la visión a futuro de una nueva especie inteligente que complementaría a la humanidad o incluso la suplantaría. Y es precisamente esa posibilidad la que analiza Isaac Asimov en sus novelas del "ciclo de los robots".

2.3. La visión del robot: la obra de Isaac Asimov en la literatura contemporánea

La inmensa obra escrita de Isaac Asimov (1920-1992), escritor de origen ruso pero nacionalizado estadounidense y muy apegado a la cultura y tradición literaria anglosajona, abarca desde la ciencia ficción y la divulgación científica hasta los relatos

policiales, la historia universal e incluso la literatura infantil y la poesía picaresca. Sin embargo, Asimov fue considerado uno de los tres grandes escritores de ciencia ficción durante la *Edad de Oro* del género, junto a Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke.

El tema central de los relatos de ciencia ficción de Asimov siempre se ubicó en la capacidad de superación de cada individuo como punto de partida para el perfeccionamiento de la sociedad. Por otra parte, dado que la forma tradicional en esta época era el relato corto dirigido a revistas, cada narración giraba en torno a no más de dos o tres temas fundamentales, dándoles un tono de idealismo y optimismo que desaparecería posteriormente.

También, y a lo largo de su obra, Asimov analizó la convivencia entre seres humanos y robots. En este proceso de convivencia, las leyes actúan como un código moral natural, derivado de la propia naturaleza del robot como herramienta para la humanidad: las herramientas deben ser seguras, llevar a cabo su función siempre que se realice con seguridad y permanecer intactas a no ser que su destrucción obedezca a motivos de seguridad o sea parte de su función.

Por eso Asimov creó sus famosas Tres Leyes de la Robótica, que enunció de la siguiente manera:

Primera Ley: Un robot no puede atentar contra un humano, o actuando negligentemente permitir que el humano se exponga a algún tipo de riesgo.

Segunda Ley: Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entraran en conflicto con las de la Primera Ley.

Tercera Ley: Un robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando dicha protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley. (Asimov 1992, p. 344).

La convicción del autor en estas normas era tan fuerte que llegó a asegurar que los programadores de máquinas inteligentes por sí mismas usarían las Tres Leyes de la Robótica como mecanismo de seguridad. En ese sentido, las Leyes de la Robótica fueron creadas para una herramienta que no tenía por qué ser fatal, siempre que fuese correctamente utilizada.

Con sus leyes, Asimov buscaba combatir el *complejo de Frankenstein*, por el que el destino del ser humano artificial era la destrucción de su creador. En sus propias palabras: “*Los construí de manera tal que no pudieran atentar contra su creador, y*

habiéndolos despojado desde su inicio de toda posibilidad de causar daño, me encontré libre de otórgales aptitudes más racionales”. (Asimov 1992, p. 375).

Sin embargo, las capacidades de la conciencia robótica hacen posible la autodeterminación de los robots y es en ese momento cuando pueden advertir su condición de esclavo, desarrollando la voluntad de no ser tan sólo una herramienta a nuestras órdenes. Pero, por otra parte, la inteligencia y el sentido ético incorporado a través de las Tres Leyes, permitirían a los robots superar su posición como sirvientes, llegando a convertirse en amigos de los humanos. Pese a ello, Asimov buscó desde sus inicios seguir siempre una narrativa lógica con los personajes según su contexto social, por lo que no pudo evitar describir las reacciones de temor y desconfianza generalizada frente a este tipo de seres, tan semejantes como extraños.

Si bien trató el tema de los robots en muchos relatos cortos, fue en las cuatro novelas pertenecientes al denominado **ciclo de los robots**, en las que Asimov desarrolló en profundidad los temas relacionados con la existencia de estos seres artificiales, los conflictos que esa existencia provocaba en la sociedad humana, y sobre todo, la relación establecida entre la criatura y su creador. Cronológicamente ordenadas, las cuatro novelas que analizaremos son: *Bóvedas de acero*, publicada en 1954, *El sol desnudo*, que vio la luz en 1957, *Los robots del amanecer*, del año 1983, y finalmente, *Robots e Imperio*, que se publicó en 1985.

3. De las entrañas de la Tierra a las galaxias: el ciclo de los robots

3.1. *Bóvedas de acero*: la ruptura del paradigma

“En 1952, Horace Gold me propuso que escribiera una novela de robots. Éste fue el germen de Bóvedas de acero, una buena novela de ciencia ficción y al mismo tiempo un misterio sencillo. Fue la primera vez (en mi opinión) que alguien ha unido los dos géneros en una fusión tan perfecta” (Asimov, 1994, pp. 167-68).

Así, con la falta de modestia que siempre lo caracterizó, cuenta Asimov la génesis de *Bóvedas de acero*, la primera de sus novelas que, sin dejar de ser Ciencia Ficción en ningún momento, es también un policíaco de estilo clásico, es decir, de novela-problema.

Hay tres temas importantes en la novela. El primero es la diferencia entre los humanos y los hombres del espacio. Estos controlan sus emociones, son distantes y

ordenados, están más evolucionados y se creen superiores. Un claro ejemplo del pensamiento abismal, según el modelo de Sousa Santos.

El segundo tema es el problema económico y social que se produce con la introducción de los robots en la sociedad humana en la producción. Los humanos son sustituidos por máquinas cada vez más perfectas, lo que genera un rechazo violento contra los robots. Por supuesto, el problema no son ellos sino la incapacidad de adaptación de los humanos a la nueva situación. Aquí Asimov plantea el paradigma establecido en la literatura sobre el tema: tanto los robots como los hombres del espacio se originaron en la Tierra, y ahora se vuelven contra su creador (en el caso de los hombres del espacio: contra sus raíces).

Inicialmente, la novela iba a basarse en la idea de que Elijah Baley, el protagonista, podría acabar siendo sustituido por un robot de apariencia humana si fracasaba en la resolución del caso. Pero pronto Asimov tomó otros caminos y el posible tema central quedó reducido a una simple anécdota.

El tercer tema es el *medievalismo*. Un grupo que rechaza la relación con los hombres del espacio, la presencia de los robots y considera culpable de todos los males a la vida en las ciudades. Pretenden volver al campo, a los valores y costumbres *medievales*, de ahí su nombre. Se convierten entonces en la oposición organizada y secreta, violenta en ocasiones, y sospechosa del asesinato de un científico del espacio, que es el misterio por resolver.

Asimov analiza por medio de Baley la progresiva urbanización del mundo, que se ha convertido en una sociedad hacinada en ciudades gigantescas, incapaz de salir al exterior, es decir, agorafóbica y a la que la sola visión del cielo abierto provoca un desfallecimiento. Y, por el otro lado, están los hombres del espacio, los habitantes de las antiguas colonias terrestres, que no son capaces de acercarse a los humanos de la Tierra y a los que el contacto físico con esos a los que consideran poco menos que subhumanos les resulta insoportable. La noción del “otro”, está omnipresente: tanto humanos como hombres del espacio consideran su cultura como superior, y niegan que puedan aprender nada provechoso uno del otro.

Y en medio de todo, dos personajes muy diferentes. El protagonista: Elijah Baley, el tenaz detective terrestre que, por supuesto, tiene prejuicios, pero también cuenta con una mente lo suficientemente abierta para ver más allá de ellos. Pero, sobre todo, Baley posee bastante sentido común como para ver el callejón sin salida en que se ha

metido la civilización terrestre. Y está el robot: R. Daneel Olivaw, de aspecto humano, cortés, inmutable, eficiente y al mismo tiempo inexperto, deseoso de aprender y carente de mala fe o falsedad.

Es decir, la clásica pareja: el policía veterano al que le asignan un compañero novato que no termina de conectarse con él, y con el que acaba forjando una increíble amistad, mientras se las arreglan para resolver el misterio y renovar las esperanzas en el futuro de la humanidad. Baley es, en todo momento, la personalidad dominante, pero, sin duda, no terminaría de funcionar sin Daneel colaborando con él.

En el desenlace, Asimov rompe el paradigma en dos sentidos: por un lado, un humano se hace amigo de un robot: *“Nunca creí que se me ocurriría decirle esto a nadie como tú, Daneel; pero confío en ti. Hasta..., ¡hasta te admiro!”* (Asimov 1985a, p. 173).

Por el otro, el robot comprende que, a veces, la verdadera justicia no pasa por donde mandan las leyes o la lógica: *“He tratado de comprender ciertas observaciones que me hizo Elijah: que la destrucción de lo que ustedes llaman el mal resulta menos justa y deseable que la conversión de este mal en lo que designan con el nombre de bien”* (Asimov 1985a, p. 173).

Y, además, hay un claro diagnóstico sobre el futuro de la raza humana: la Tierra se ha encerrado a sí misma en el útero de las *bóvedas de acero*, las ciudades, y si quiere sobrevivir tendrá que salir de ellas, como un recién nacido deja el vientre de su madre, por doloroso que resulte, y abandonar el resguardo de las murallas que la rodean. Baley lo afirma categóricamente sobre el final de la novela: *“La colonización del espacio es la única salvación posible para la Tierra. Se percatará de ello si olvida los prejuicios”*. (Asimov 1985a, p. 172).

La novela es acertada también en la descripción de la vida familiar del detective, en su análisis de la política, las intrigas y los favores en el trabajo, los miedos y las preocupaciones de la gente común y de cómo son aprovechados y manipulados por otros.

La mezcla de la creación de un escenario, la reflexión social, la interacción entre los personajes y el misterio a resolver funciona perfectamente, transformando a *Bóvedas de Acero*, en un clásico de la literatura de ciencia ficción. Y de paso, presenta

al lector al dúo protagonista, que está llamado a convertirse en imprescindible y recurrente a lo largo de las novelas del ciclo.

3.2. *El sol desnudo*: cuando el humano es el “otro”

Mientras que, en *Bóvedas de acero*, Asimov nos mostraba una sociedad agorafóbica, amontonada y reclusa en las megalópolis terrestres, cuando escribe *El sol desnudo*, su continuación, se va al extremo opuesto: una sociedad totalmente antropofóbica, que rechaza casi por completo cualquier tipo de proximidad física entre seres humanos. Para ello se vale de algunos recursos bastante singulares.

Asimov siempre fue, y así lo expresó abiertamente, un decidido defensor del relato policíaco clásico, lo que se suele llamar novela-problema. Para Asimov todo es un rompecabezas, un problema lógico que hay que resolver, y sus detectives lo hacen siguiendo las pistas, deduciendo a partir de los indicios y construyendo en su mente una estructura lógica que resuelva el caso.

En ese sentido, *El sol desnudo* es un excelente ejemplo del policial clásico. El investigador intenta reconstruir lo que ha ocurrido a partir de las pistas que va encontrando. Como ya hiciera en *Bóvedas de acero*, Baley va elaborando sus teorías sobre el caso, y cuando comprueba su imposibilidad, las revisa y las modifica, en busca de una explicación lógica de todos los hechos. En ese aspecto, la solución al misterio es coherente con éste y en ningún momento hay trampas ni recursos de último momento. Cuando Baley finalmente resuelve el crimen, el lector es consciente de que la verdad estaba ante sus ojos casi desde el comienzo de la narración.

Sin embargo, en *El sol desnudo* existen muchos elementos que la aproximan a la novela negra norteamericana, la antítesis del relato policial clásico. Y en lo que principalmente se aprecia esto, es justamente en todo el examen y la crítica de la sociedad en la que la trama se desarrolla, realizadas mediante el recurso de tomar algunas tendencias de los seres humanos, y llevarlas a sus últimas consecuencias, e introducir en ese panorama un crimen y un investigador distante y cercano a la vez a los acontecimientos.

La sociedad que se describe en la novela, la solariana, lleva al extremo una tendencia al aislamiento de los demás que, en la época en la que Asimov escribió *El sol desnudo*, apenas estaba comenzando a manifestarse, pero que en la actualidad es

notoriamente visible en algunas de las sociedades humanas más adelantadas tecnológicamente, en donde las relaciones personales van siendo remplazadas cada día en mayor grado por las relaciones “virtuales”.

Solaria, el planeta donde se desarrolla la acción es un mundo poblado por poco más de veinte mil humanos que tienen a su servicio varios millones de robots. Un lugar donde cada hombre vive aislado, la interacción social es mínima y las comunicaciones nunca son cara a cara. Una sociedad de misántropos, en todo sentido.

Sin embargo, la sociedad de Solaria puede equipararse a otra que, alguna vez en la Antigüedad, fue propuesta como modelo para las sociedades humanas: Esparta. Así se lo expone el único sociólogo que tiene el planeta a nuestro detective:

...los seres humanos que vivimos en Solaria equivalemos, en cierto modo, a los espartanos. Tenemos también nuestros ilotas, pero no son hombres sino máquinas. Por lo tanto, no pueden sublevarse y no nos inspiran temor, aunque nos sobrepasen en un número mil veces mayor que los ilotas en relación a los espartanos. Así, disfrutamos de las ventajas de la aristocracia espartana sin que haga falta sacrificarnos por consolidar nuestro dominio mediante una vida de austeridad y disciplina” (Asimov 1985b, p. 148).

Es entonces a una sociedad intolerante y xenófoba, similar a la espartana, a la que es enviado Baley, que queda completamente aislado, con la sola ayuda de Daneel, en un mundo a cientos de miles de kilómetros de su hogar y en medio de una comunidad extraña y hostil: la alteridad se invierte con respecto a la novela anterior, ahora es el ser humano el que pasa a ser “el otro”.

En Solaria, las relaciones sexuales son algo repugnantemente necesario y profesiones como la de médico, genetista o maestro son vistas como un verdadero castigo. El contacto físico es, por definición, desagradable. Hay en la sociedad solariana personas que pueden tolerar la presencia de otros seres humanos, en tanto no se aproximen demasiado. Para otras, en cambio, la mera idea de que alguien esté en la misma habitación, respirando el mismo aire, es intolerable. Asimov describe magníficamente una entrevista entre Baley y el sociólogo antes mencionado donde éste pasa, de una obligada aceptación de la presencia de otro ser humano, a la huida y la reclusión completas en poco más de unos minutos.

En ese ambiente la presencia de Gladia Delmarre, esposa de la víctima, cuyos impulsos sociales y sexuales son “normales”, desde el punto de vista terrestre, se convierte en una aberración. Ella no es considerada una “buena solariana”, porque no

tiene los prejuicios solarianos hacia otros seres humanos, en especial hacia Baley. Y lo que sería corriente en la Tierra se convierte en una conducta anormal y altamente sospechosa en la antipática sociedad solariana.

La novela comparte, indudablemente, varias características con *Bóvedas de acero*. La relación de confianza entre Baley y su compañero Daneel, cuya identidad como robot es ocultada a los solarianos durante toda la trama, se va perfeccionando lenta pero inexorablemente. Los distintos personajes que van apareciendo en el relato, por otro lado, tienen los suficientes rasgos personales para que parezcan reales. Además, la resolución del crimen no es tan importante, dentro del contexto general de la obra, como el proceso de adaptación de Baley al entorno abierto y su reflexión sobre las sociedades humanas cuando se estancan y llevan sus prejuicios al punto de no retorno.

Asimov utiliza nuevamente la metáfora del útero materno para insistir con la solución al problema de la humanidad, ya planteada en el primer libro: “... *las ciudades estaban construidas en las entrañas de la Tierra. ¿Y qué es lo primero que debe hacer un hombre en esta vida? Debe abandonar las entrañas maternas. Debe nacer. Y después de abandonar el seno materno, ya no podrá entrar de nuevo en él.*” (Asimov 1985b, p. 269).

A raíz de estas frases se vislumbra el verdadero problema: los hombres del espacio han podido colonizar y poblar los planetas gracias a la utilización de los robots, pero los terrestres rechazan los avances tecnológicos y ya no quieren evolucionar hacia su propio perfeccionamiento. Su arrogancia y reticencia hacia el “otro” los recluye en un estado de cosas totalmente arcaico.

Pero a su vez los solarianos, y en distinta medida todos los hombres del espacio están atrapados en su dependencia de los robots, que los ha vuelto indolentes y conformistas. La interacción del protagonista con los distintos personajes que van apareciendo a lo largo de la novela acaba dibujando una sociedad hondamente enferma que, de alguna forma, está tan encerrada en sí misma como lo está la terrestre de *Bóvedas de acero*. Las dos sociedades, en cierta forma y a través de filosofías y de métodos de ingeniería social totalmente opuestos han llegado al mismo punto: la parálisis de su progreso y la posibilidad cierta de su desaparición en el futuro.

Para evitarlo, Asimov pone en boca de su detective palabras que nos recuerdan a la noción del *contrato natural* de Serres:

Cuando, como resultado de las primeras colonizaciones —prosiguió— surgieron mundos superiores al nuestro en tecnología, nosotros nos evadimos encerrándonos en las entrañas de la Tierra, para huir de los hombres del espacio, ante los que teníamos una sensación de inferioridad. Esto no es ninguna solución. Si queremos evitar el ritmo destructivo de la rebelión y la supresión, debemos rivalizar con ellos, seguirles y, si se tercia, dirigirles. Para hacer esto, debemos afrontar el exterior; debemos obligarnos a salir al aire libre. Si ya es demasiado tarde para ello, por lo que a nosotros se refiere, debemos enseñar a hacerlo a nuestros hijos. ¡Es vital! (Asimov 1985b, p. 267).

3.3. *Los robots del amanecer: el brazo se vuelve conciencia*

Durante las décadas de 1960 y 1970, Asimov se dedicó casi exclusivamente a la divulgación científica, lo que interrumpió en esa etapa la escritura de una tercera novela del ciclo de los robots. Pero no fue ese el único motivo: *“En 1958 me había atascado en una narración en la que pretendía que una mujer se enamorara de un robot humanoide como R. Daneel Olivaw. Entonces no encontré la manera de hacerlo, y mientras escribía los ocho capítulos, la necesidad de describir la situación se hizo imperiosa y aterradora a la vez”* (Asimov, 1994, p. 305).

Pero todo cambió en la década de los 80: *“Los escritores podían hablar con más libertad de las relaciones sexuales, y yo era mejor escritor. No volví a los capítulos olvidados.... No los quería para nada. Decidí empezar de nuevo... Resolví que la novela de robots también sería de ciento cuarenta mil palabras, o sea, tan larga como las dos primeras novelas de robots juntas. Esto me daría más espacio para describir los detalles de la nueva sociedad de la que trataría, y una mayor comodidad para resolver la complejidad del argumento”* (Asimov, 1994, pp. 305-306).

Por eso es por lo que la tercera novela de la serie, que se llamó *Los robots del amanecer*, puesto que el relato se desarrollaba en el planeta Aurora, nombre de la diosa romana del amanecer, se diferenciará mucho de las dos anteriores, no sólo en extensión, sino en el ritmo y en la abundancia de los detalles. Tener más páginas en las que desplegar la novela le facilita a Asimov examinar la relación entre Baley y Daneel, pero además le permite tomarse más tiempo para perfilar a los otros personajes y analizar cuidadosamente las diferentes situaciones que se van planteando, en esta nueva investigación que lleva a Baley al más poderoso y avanzado de los mundos exteriores: Aurora.

En esta novela vuelve a aparecer Gladia, que había sido un personaje central en *El sol desnudo*, y que se encuentra involucrada en un delicado conflicto entre dos adversarios políticos entre los cuales también Baley se verá envuelto: Han Fastolfe (que había aparecido fugazmente en *Bóvedas de acero*) y Kelden Amadiro. Dos ingenieros de diseño robótico y a la vez, líderes políticos de dos facciones irreconciliables que dividen a los habitantes de Aurora: los *humanistas*, encabezados por Fastolfe, quieren iniciar la exploración de la Galaxia y consideran que la Tierra no debe ser excluida de ella. Mientras que los *globalistas*, liderados por Amadiro, quieren mantener a los terrestres enclaustrados en su planeta, porque los consideran un peligro para el estilo de vida de los hombres del espacio.

En medio de todo esto tiene lugar la investigación policíaca, en la que Asimov mantiene a Baley en un estado de tensión emocional durante toda la narración: pelea contra su agorafobia, y es probado una y otra vez por amigos y enemigos. No obstante, ni unos ni otros logran detenerlo en su búsqueda de la verdad, luchando contra sus propios prejuicios y fobias, y firme en su juicio y en su franqueza, que resultan problemáticos hasta para los que más confían en él. Pero es gracias a esas cualidades, como vemos al final, es que lo han traído a Aurora. La investigación de un crimen, en este caso, no es más que una justificación para estudiarlo a él.

La sociedad de Aurora se va desplegando ante los ojos del lector a medida que Baley avanza en su investigación. Los auronos son longevos, autosuficientes y satisfechos de su avanzada civilización. Pero también, y esto lo advierte rápidamente el detective, sobre esa plácida superficie de buenos modales y urbanidad, hay un creciente sentimiento de desconfianza, nacida del temor y que se transforma en abierta hostilidad, hacia la investigación y hacia todo lo que el investigador representa: la Tierra, las vidas cortas y fugaces, pero que valen la pena ser vividas y que mantienen esa ambición de progreso, esa capacidad de superación que, para los hombres del espacio, es menos un melancólico recuerdo del pasado, que una temible amenaza para el futuro.

Aunque la vida de los ciudadanos de Aurora es larga y llena de comodidades, su dependencia de los robots la está aniquilando progresivamente al quitarle todo aliciente de mejoramiento. Desde esa perspectiva, la sociedad de Aurora está consumando un lento pero inevitable suicidio.

Baley ve esto con claridad, como antes lo vio en la Tierra y en Solaria, y lucha, a la vez, por resolver el misterio que es objeto de su investigación, y por lograr la solución para el problema principal. A medida que el relato avanza, el interrogante pasa a ser, no ya si Baley resolverá el crimen, sino si sus enemigos permitirán que se aplique su solución a la cuestión de fondo.

Por otra parte, el personaje de Gladia adquiere en esta novela una nueva dimensión. Al principio de la narración el lector se entera, junto con Baley, que la solariana ha tenido como pareja sexual un robot humaniforme, justamente la “víctima” en el caso investigado por el detective, al que consideraba como su “marido”, relación inadmisible, incluso en la promiscua sociedad aurorana, donde incluso el incesto es considerado normal. Este hecho, que parece sólo una anécdota, tendrá no obstante gran importancia en el desenlace.

Pero hay más. Entre Gladia y Baley se consume una relación amorosa que, aunque imposible desde un principio, a causa del tiempo y la distancia, los marca a ambos en forma profunda por el resto de sus vidas. Asimov rememoraba: *“En esa obra, incluso dejé claro que héroe y heroína tenían relaciones sexuales (adúlteras, ya que el héroe era un hombre casado), pero no daba detalles explícitos y el episodio era esencial para el argumento. No lo incluí como adorno* (Asimov, 1994, p.140).

Y también recordaba las reacciones de cierto público ante las “novedades”: *“A los padres de una ciudad del estado de Washington les horrorizó el libro y pidieron que fuera retirado de la biblioteca de la escuela. Algunos de los que firmaron la petición reconocieron que no lo habían leído, porque no leían "basura". Bastaba con llamarlo basura y quemarlo”* (Asimov, 1994, p. 141).

Durante toda la novela, hay una presencia que acompaña al detective a todos lados, siendo apenas perceptible y que sin embargo será fundamental en la solución, no ya del misterio, sino del problema fundamental: el futuro de la Tierra y de toda la humanidad.

Ese elemento extraordinario es Giskard, presentado como un robot engañosamente tosco y simple, que posee habilidades telepáticas, algo que nadie sospecha, y puede manipular las mentes tanto humanas como artificiales. Giskard conoce perfectamente la historia de la humanidad y tiene sus propios criterios, acerca de su progreso.

Así nace el concepto de la *psicohistoria*, la ciencia que predice los acontecimientos futuros en base a las leyes de la estadística aplicadas a grandes grupos de personas, cuando, sobre el final de la novela, Giskard le hace esta confidencia a Baley: “... Cuando se estudian las mentes como yo lo hago, se puede llegar a la indefinida sensación de que existen unas leyes que rigen la conducta humana igual que las Tres Leyes de la robótica gobiernan la de los robots. Y estas leyes humanas pueden indicarnos cómo puede desarrollarse el futuro, en líneas generales...” (Asimov, 2001, p.444).

De hecho, es Giskard quién ha causado los sucesos que han dado origen a la investigación, y será la manera en que Baley responda al reto que le es planteado lo que decida el destino de millones de seres humanos.

Y es por lo que, aunque por un breve instante todo parece perdido, finalmente Baley logra una victoria total: no sólo soluciona el enigma, sino que logra suprimir cualquier impedimento para la exploración humana del Universo. El problema planteado en *Bóvedas de Acero* y profundizado en *El Sol Desnudo*, queda resuelto. Como lo afirma Giskard: “... la existencia de los mundos espaciales como culturas robotizadas formadas por seres humanos longevos está llegando a su fin y empieza una nueva oleada de expansión humana, desarrollada por seres humanos de vida corta y sin robots” (Asimov, 2001, p.444).

Es que, y aquí radica la originalidad del planteo de Asimov, aunque Giskard ha adquirido autoconciencia, la Primera Ley de la Robótica lo impulsa a proteger y buscar lo mejor para los seres humanos. El robot, creado para ser el brazo de la humanidad, se ha vuelto su conciencia, pero sigue estando a su servicio, aunque la humanidad no lo sepa.

3.4. *Robots e Imperio: la nueva humanidad y sus “guardianes”*

Tras finalizar la tercera novela, Asimov se propuso un plan sumamente ambicioso: unificar sus dos grandes “ciclos” de ciencia ficción: el de los robots y el de las fundaciones. En ese contexto debemos situar la cuarta y última novela que nos toca analizar: *Robots e Imperio* que, desde el punto de vista literario, y aún juzgada con benevolencia, está muy por debajo del nivel de calidad narrativa que Asimov demostraba generalmente en sus obras, especialmente las que tratan sobre los robots.

El principal problema de la novela es que el autor se ve tan limitado por el objetivo propuesto, que convierte a la obra en una especie de “puente” entre dos épocas diferentes de la humanidad. La necesidad de transformar en una sola narración coherente a dos ciclos de novelas pensados originalmente como series independientes, y además escritos en distintas épocas, termina afectando la continuidad y la dinámica de la novela que, a pesar de su extensión, termina dejando al lector la sensación de haber leído algo incompleto.

A diferencia de sus tres precedentes, *Robots e Imperio* no es un policial, en realidad pretende ser una novela de aventuras, o eso es lo que parece al inicio. Porque pronto nos damos cuenta de que el viaje a través de la Galaxia que emprende Gladia y las peripecias que enfrenta en él, no es más que un tema secundario que sirve de marco al drama principal cuyos protagonistas son, esta vez en forma indiscutible los dos robots que ya conocemos: Daneel, el humaniforme compañero de Baley en los tres relatos anteriores y Giskard, el robot con poderes telepáticos, presentado al público en la tercera novela.

La narración comienza doscientos años después de la muerte de Elijah Baley, en un momento en que el contexto histórico ha dado un giro muy importante. Los mundos espaciales no han avanzado en la exploración de la Galaxia, mientras que la Tierra ha enviado una tras otra, oleadas colonizadoras. Como Baley predijo siglos atrás, el tesón y la energía de los nuevos exploradores terrestres terminará irremisiblemente dejando atrás a las paralizadas poblaciones de los cincuenta mundos espaciales que, en su obstinación por aferrarse a su estilo de vida, se muestran ciegas y sordas ante el sombrío futuro que les aguarda. Es emblemática la imagen de su viejo caudillo, Kelden Amadiro, consumido por el resentimiento y el feroz deseo de revancha contra todo lo que tenga que ver con la Tierra.

Daneel y Giskard, especialmente el segundo, han estado operando discretamente sobre la política interespacial durante esos dos siglos tranquilizando a los hombres del espacio y promoviendo la expansión de los terráqueos. Y, durante ese tiempo, han estado discutiendo sobre las Tres Leyes de la Robótica y la eventualidad de que no sean suficientes, de que sea necesario ir más allá. Giskard, sobre todo, se ha obsesionado con crear leyes que le den la posibilidad de prever la conducta de los seres humanos y, por tanto, servir mejor a la humanidad. Como le confiesa a Daneel: *“He tratado de adquirir más conocimientos, aunque no de la forma de pensar, sino leyendo*

detalladamente historia de la humanidad. Estoy seguro de que en el largo recuento de los acontecimientos humanos debe de haber, escondidas, unas leyes para la humanidad equivalentes a las tres leyes de la robótica” (Asimov, 2002, p.44).

Como ya se dijo, hay una parte de la novela, el viaje de Gladia, que es un verdadero relato de aventuras: un viaje lleno de peligros a través de los planetas, en el que la antigua viuda solariana va desarrollando nuevas capacidades que la sorprenden incluso a ella misma.

Sin embargo, y contra lo que cabría esperar, esta parte es la menos interesante del relato, e incluso tiene partes perfectamente prescindibles. No es que la historia, en sí, sea aburrida, pero aparece como previsible, y sobre todo superficial, comparada con la trama central de la novela: la que concierne a los robots, tiene que ver con los límites de las Tres Leyes de la Robótica e involucra derivaciones verdaderamente graves para el porvenir de la humanidad. En realidad, toda la historia de Gladia y D.G. no es más que un complemento de la historia principal que está tras ella: la de Daneel y Giskard.

En *Robots e Imperio*, Asimov logra algunas de sus mejores páginas en las escenas en las que intervienen los robots. La trama se va trazando lentamente, paso a paso. Por un lado, el cerebro positrónico de Daneel, a causa de su período de colaboración y amistad con Baley, va razonando de una manera cada vez más humana. Por el otro, las habilidades telepáticas de Giskard empiezan a ser notadas por sus enemigos.

Y ambos robots buscan desesperadamente la forma de descubrir y neutralizar una grave amenaza contra la Tierra, sin violentar la Primera Ley de la Robótica, que puede desactivar sus mentes, mientras, al mismo tiempo, buscan una forma de traspasar sus confines. Observamos en todo momento a dos seres pensantes y conscientes batallando contra sus propios límites e intentando avanzar más allá de su diseño robótico, jugándose por el futuro de la humanidad.

Las reflexiones que intercambian Daneel y Giskard terminan llevando al primero a la formulación de la **Ley Cero de la Robótica**: *“Hay una ley que es superior a la primera ley. «Un robot no puede lastimar a la humanidad o, por falta de acción, permitir que la humanidad sufra daños.» La considero ahora la ley Cero de la Robótica.”* (Asimov, 2002, p.260). Parafraseando a Segato: la mirada del “otro”, en este caso de un robot, ha alcanzado a la humanidad y ha decidido protegerla de sí misma.

En el clímax de la escena final, Daneel y Giskard se enfrentan a Amadiro y a su discípulo y adepto Mandamus cuando están a punto de activar un intensificador nuclear que volverá la Tierra inhabitable por radiación. Y, sorpresivamente, aunque logra neutralizarlos interfiriendo sus mentes, Giskard resuelve permitir que se realice ese propósito en forma progresiva durante los siguientes doscientos años, para que el planeta se consuma lentamente, animando una creciente oleada colonizadora del Universo, que le permita finalmente a la humanidad salir del “útero” de la Tierra y enfrentar su futuro, que es nada menos que la formación de un Imperio Galáctico.

Esa tremenda decisión pondrá a Giskard frente a un conflicto ético que acabará con su existencia por lo que, antes de que eso ocurra, transfiere a Daneel sus habilidades telepáticas para que éste sea, en adelante, el guardián oculto de la nueva humanidad, que manejará los destinos humanos durante los miles de años siguientes. Daneel se encuentra, al final de la novela, *“solo, pero con una Galaxia que proteger”* (Asimov, 2002, p. 344).

Y precisamente, el guardián debe permanecer oculto porque, paradójicamente, en la nueva humanidad ya no hay lugar para los robots. De esta forma la evolución de los robots se enlaza indisolublemente con el progreso de los seres humanos, pero desde el punto de vista de la Ley Cero, la humanidad no podría asimilar la existencia de robots que superaran a los seres humanos tanto en la resolución lógica de problemas como en aptitudes físicas y mentales para tomar el control en caso de fuerza mayor.

Giskard y Daneel se muestran, a lo largo de toda la narración, como los custodios y garantes del destino de la humanidad. Y es finalmente Daneel quién carga con toda la responsabilidad, tras la desaparición de su colega. Y lo hará tomando como guía las últimas palabras que le dirige, antes de morir, su amigo Elijah Baley, y que constituyen una adecuada síntesis de los ideales del propio Asimov:

El trabajo de cada individuo es una contribución a la totalidad y de este modo se vuelve parte inmortal de ella. La totalidad de las vidas humanas, pasadas, presentes y futuras forma un tapiz que existe desde hace miles de millares de años y que se ha ido haciendo cada vez más hermoso y más complicado en todo este tiempo. Incluso los espaciales son un brote de este tapiz y ellos también añaden a la complicación y belleza del dibujo. Una vida individual es como una hebra del tapiz, y ¿qué es una hebra comparada con toda la pieza? Daneel, mantén tu mente firmemente fija en el tapiz y no dejes que una sola hebra suelta te afecte. Hay muchas más hebras, cada una de ellas, valiosísima; cada una contribuyendo. (Asimov, 2002, p. 170).

4. Conclusiones

A partir de lo sostenido en este artículo, podemos compartir un conjunto de conclusiones. En primer lugar, podemos sostener que Asimov tiene una opinión optimista del futuro. Su visión humanista no es *especista*, es decir, considera que todo ser pensante y con conciencia de sí debe ser considerado una *persona*.

En su obra, las tensiones del pensamiento abismal se dan tanto entre hombres del espacio y terrestres, como entre terrestres y robots. Ambos grupos de humanos se consideran los *verdaderos* humanos, poniendo al “otro” en una escala inferior de humanidad. Por otra parte, ni unos ni otros están dispuestos en principio a aceptar a los robots como individuos dotados de conciencia individual y libre albedrío.

Para Asimov, la creación del robot es la apuesta humana de la certeza frente a la indeterminación, ya que una conciencia artificial, eminentemente lógica, es un sistema diseñado para escapar de la incertidumbre. Un universo sin límites resulta inquietante para el hombre y quizá por eso conjetura la relación que tendría con un ser racional y previsible, que volvería a darle sentido y finalidad a la vida.

Asimov considera que no deben ponerse trabas al progreso tecnológico de la humanidad porque ésta las romperá. Y si bien considera a las Tres Leyes de la Robótica como principios éticos inquebrantables, igualmente piensa que la humanidad, por su propio bien, también debería tener los suyos. También es clara su opinión de que todo intento de segregar, marginar o negar al “otro” empobrece nuestra visión del universo y conduce a una autocomplacencia suicida que es fatídica para cualquier sociedad

La humanidad, según Asimov, no puede suponer que un sujeto artificial que nos supere en capacidades vaya a obedecer sin chistar todos nuestros caprichos; y que nos suplante en nuestras obligaciones a la vez que nos protege. Es mucho más probable que dicho ser tenga sus propias ideas y conceptos sobre el mundo, y que nos observe y nos juzgue según su lógica incontestable. Para evitar el conflicto es necesario que la propia humanidad tome conciencia de sus prejuicios absurdos y afronte con madurez el progreso de la especie. Sólo de esa manera es posible asumir el desafío de la convivencia con una inteligencia artificial.

No hay ninguna duda de que la confianza de Asimov estaba puesta en la raza humana en su estado actual, es decir, compuesta por individuos sexuados, autónomos y de vida breve. Parece, por lo tanto, erróneo que se lo considere como partidario del

transhumanismo. Es posible discrepar de sus conclusiones, y puede objetarse que, a veces, le falta rigor en sus reflexiones debido al momento en que se escribieron sus obras, cuando aún no se disponía de los conocimientos científicos, sociológicos y filosóficos que tenemos hoy. Pero, aun así, esa sin duda era su opinión, y la mantuvo hasta el fin de su vida.

Bibliografía consultada

- Asimov, Isaac (1992), *Visiones de robot*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Asimov, Isaac (1985a), *Bóvedas de acero*. Madrid: Ediciones Orbis.
- Asimov, Isaac (1985b), *El sol desnudo*. Madrid: Ediciones Orbis.
- Asimov, Isaac (2001), *Los robots del amanecer*. Barcelona: Debolsillo.
- Asimov, Isaac (2013), *Robots e Imperio*. Barcelona: Debolsillo.
- Asimov, Isaac (1994), *Yo, Asimov*. Barcelona: Ediciones B.
- Kurzweil, Ray (2015), *La singularidad está cerca*. Madrid: Lola Books.
- Morin, Edgar y Motta, Raúl D. (2008), “De la condición humana a la humana condición, el desafío de la educación planetaria” en: *Dossier IIPC/CIUEM*.
- Ortega Reyna, Jaime y Pacheco Chávez, Víctor Hugo (2013), “Ethos y colonialidad en América Latina. (un debate hipotético entre Bolívar Echeverría y Aníbal Quijano)”, en *Dialéctica*, N° 45–46.
- Segato, Rita (2013), *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.
- Serres, Michel (1991), *El contrato natural*. Barcelona: Pre-textos.
- Sibilia, Paula (2009), *El hombre postorgánico*. Buenos Aires: FCE.
- Sousa Santos, Boaventura de (2013), *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce-Extensión universitaria. Universidad de la República.